A UNOS PINCELES

A los pintores que amablemente
me los cedieron.

SON como breves remos inactivos
soñando en una playa de silencio
con su mar de colores, con sus claras
singladuras de luz sobre los lienzos.

Estos pinceles que alzan en un vaso
de antiguo bronce su perfil esbelto
tienen en la madera de su carne
la polícroma herida de otro tiempo.

Remaron dulcemente los azules
plácidos, se agitaron con el viento
maduro de los verdes, se abrasaron
en los álgidos rojos, en sus fuegos

indómitos. Los cálidos topacios
les vistieron de otoño. Fueron trémulos
por los blancos sin nombre del olvido
a las inquietas simas de los negros.

Estos pinceles tienen aún la sombra
amiga y laboriosa de los dedos
que los alzaron casi como espada
por la verdad luchando y por lo bello.

Tienen aún la arrebatada huella
que los ennobleció como instrumentos,
que los puso al servicio de un impulso
de amor, mensaje luminoso vuelto.

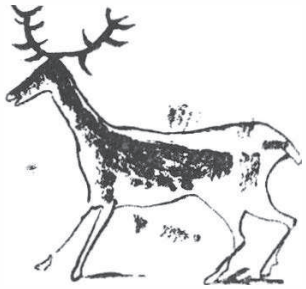
Los pinceles son cauce para un río
de luz y de hermosura, para un sueño
hecho color y luz, por él el agua
viva del corazón va al mar del lienzo.

Los pinceles son pluma para el ala,
para las alas de un cálido vuelo
hacia el amanecer en que florece
la tela cual la rama del almendro.

Son nueva vara de Moisés. La roca
de la nada se abre. Sobre el tiempo,
sobre el olvido, salta, linfa pura,
la realidad que halla en el cuadro centro.

Estos pinceles que en mi cuarto, inmóviles,
pequeños chopos amarillos, tengo,
han transmitido ese calor humano
que hace rendir al arte sus secretos.

Son como nobles herramientas, como
armas de paz y de esperanza. Veo
sus verticales sombras silenciosas
igual que viejas lanzas vencedoras del tiempo.



MERCEDES SAORÍ